

RESUMEN DE PRENSA

COMENTARIO DE ACTUALIDAD

Ramon Boixareu

La quinta conferencia ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC) que abrió sus puertas el 10 de septiembre en Cancún, Méjico, suscitó una gran esperanza en el sentido de que se esperaba que los cinco días de trabajos previstos permitirían dar una nueva salida a la liberalización del comercio mundial. A pesar del acuerdo sobre el acceso a los medicamentos genéricos conseguido a últimos de agosto, se pensaba que los países en vías de desarrollo harían oír su voz lamentando su situación, principalmente frente a Estados Unidos y a Europa, por lo poco que éstos han hecho por reducir sus subvenciones agrarias.

Tras la inauguración de la conferencia por Vicente Fox, presidente mejicano, y por Kofi Annan, secretario general de la Naciones Unidas, el cabeza de las reuniones, el tailandés Supachai Panitchpakdi, se dio cuenta inmediatamente de las dificultades que tenía ante sí, al tener que probar que la apertura de las fronteras puede ser equilibrada entre los países ricos y los países en vías de desarrollo.

En un inicio, nada podía hacer pensar que las cosas iban a desarrollarse con placidez y ánimo constructivo. La agricultura, expediente clave de la negociación, constituye un objeto permanente de rivalidad transatlántica. Antes de llegar a Cancún, el comisario europeo para el comercio, Pascal Lamy, y su homólogo norteamericano, Robert Zoellick, se habían puesto de acuerdo para proceder a la reducción de subsidios, pero nadie citó cifra alguna ni precisó ninguna fecha.

Esta ausencia de progreso alarmó al llamado Grupo de Cairns, constituido por 17 países exportadores de productos agrarios que aspiran a una eliminación de las subvenciones. "Si no podemos alcanzar nuestro objetivo de una mejora aceptable del comercio mundial de productos del campo, nos retiraremos de las negociaciones", llegó a decir Mark Vaile, ministro de Comercio australiano.

Por su parte, 20 países en vías de desarrollo (G20), entre los que destacan India, Brasil y China, amenazaron con abandonar las sesiones por la misma razón. "Sin mejoras en el comercio de la agricultura resultará imposible avanzar en otros terrenos", había dicho Lula. Esos otros terrenos son la apertura de los mercados de los servicios (agua, correos, sanidad, educación, banca, telecoms...) y de la inversión, principalmente, campo en el que están grandemente interesados Estados Unidos y Europa. En cambio, los países en desarrollo ven en ello el peligro de perder el control de elementos esenciales de su estrategia desarrollista, razón por la cual se comprende que se resistan a hacer concesiones sin contrapartidas.

El caso es que Estados Unidos había hecho saber que en el caso de que las cosas no fueran de su agrado, favorecería los acuerdos de libre intercambio bilaterales (o regionales), algo que, obviamente, atentaría contra la actitud multilateral de la OMC.

Amenazada por sus miembros, la Organización es también puesta en entredicho por las organizaciones no gubernamentales. Nunca, después de Seattle (1999), la movilización de la sociedad civil había sido más activa que en Cancún. Los alter mundialistas reclaman una nueva distribución de los intercambios internacionales, que resulte más favorable para los países menos desarrollados, y esto tanto por lo que se refiere a la agricultura como a los "servicios fundamentales".

La reunión de Cancún no tenía que ser, ni fue, más que una etapa de mitad de recorrido entre la inauguración de la Ronda Doha, en 2001, y la conclusión de ésta, prevista para últimos de 2004. Pero se entendía que era una etapa decisiva para la credibilidad de la OMC como organismo de regulación multinacional del comercio mundial.

Esta etapa ha fracasado, pero si se ha perdido una batalla no se ha perdido la guerra, por lo que habrá que esperar a los siguientes lances.

Decía Pascal Lamy que la ausencia de progreso en Cancún haría difícil el respeto a la fecha límite del 1 de enero de 2005 para el fin de la Ronda. “Si ésta no ha sido completada a finales de 2004, en función de los calendarios políticos norteamericano y europeo, el tren no proseguirá su camino en 2005”, dijo Pascal Lamy. “Un fracaso en Cancún tendría sobre la OMC el mismo efecto que la guerra de Irak sobre la ONU” dijo por su parte la ONG Oxfam.

Más adelante, en estas mismas páginas, se ofrecen los textos de algunos editoriales de periódicos de relieve relativos al fracaso de las reuniones de Cancún.

¿Qué pasó en Cancún? Cabe esperar que habrá comentarios para todos los gustos. *Le Monde* de 17 de septiembre destacaba que “los negociadores europeos designan a Estados Unidos como responsables del fracaso de la OMC”. “Pascal Lamy, el comisario europeo para el comercio exterior” —escribían Laurent Zecchini y Babette Stern en *Le Monde* de la citada fecha— “ha estimado que la Organización Mundial de Comercio es una organización «medieval» que necesita «cuidados intensivos»”. Se trata de una observación que ha hecho escuela. Al día siguiente del fracaso de Cancún, el juicio de Lamy era ya ampliamente compartido, y los principales protagonistas de la negociación señalan también que esta ocasión fallida en el proceso de negociaciones comerciales multilaterales pone sobre la mesa la cuestión del futuro de la OMC.

Si cada uno hiciera el esfuerzo de perseverar en la continuidad de la Ronda Doha, podría preverse un calendario. Pasará tiempo antes de que los actores de Cancún reencuentren la voluntad política de una nueva reunión ministerial. Evidentemente, el vencimiento de finales del año próximo no será respetado. El año 2004 coincidirá con dos grandes citas políticas en Europa y en Estados Unidos, citas que pueden cambiar radicalmente el contexto político de estas negociaciones.

Es probable que Pascal Lamy no se halle ya al cuidado de esta materia, dado que la Comisión será renovada aproximadamente en el momento del escrutinio presidencial norteamericano de noviembre de 2004, pudiéndose prever que Robert Zoellick habrá abandonado también sus actuales funciones. De aquí a entonces, la administración Bush no asumirá el riesgo de contrariar a sus clientes electorales haciendo nuevas concesiones

agrícolas a los europeos. En 2005, por otra parte, Supachai Panitchpakdi, el director general de la OMC, dejará su puesto, lo que hace presagiar un nuevo período de espera.

La situación, pues, se ha complicado, y todo hace temer que deberá aplazarse, una vez más, cualquier posibilidad de que, de una vez, se progrese en materia de liberalización agrícola.

¿Puede hablarse de responsables del fracaso actual? Oficialmente se ha tratado de un fracaso colectivo de la comunidad internacional. Pero no todo el mundo comparte, con Prodi, este punto de vista. Algunos observadores europeos señalan a Estados Unidos. “¿A quien aprovecha el crimen?”, se atreve a señalar uno de ellos. No a los países pobres, que regresan a sus países con las manos vacías. No a la Unión Europea, dicen otros, que ha hecho ya sus concesiones sobre la Política Agraria Común (PAC), cuando la monstruosa *Farm Bill* (Ley agrícola) norteamericana permanece intacta.

Los países del Sur, reunidos en el grupo de los 21 (G21) se felicitan de una victoria pírrica, toda vez que el desarrollo de una especie de ley de la jungla comercial no puede serles más que desfavorable. Su satisfacción, en todo caso, prueba al menos que los europeos no han sabido sacar provecho del nuevo fenómeno que aquellos representaban. La UE creyó que las fuertes disparidades entre los colosos que son Brasil y la India, por un lado, y los más pobres del grupo, por otro, se traducirían en la explosión de una cohesión ficticia. Nada de esto ocurrió.

De golpe, la estrategia europea, consistente en exigir de los países del Sur concesiones sobre los “temas de Singapur” (inversiones, competencia, simplificación de las formalidades aduaneras y transparencia de los mercados públicos, etc.) a cambio de una hipotética flexibilidad sobre la agricultura, se veía condenada al fracaso. Pascal Lamy así lo vio, retirando dos de los “temas de Singapur”, pero era demasiado tarde. Mientras tanto, los países pobres habían sido humillados por la respuesta norteamericana a sus peticiones sobre el algodón.

“Si la ausencia de acuerdo es una derrota política para la UE”, seguía diciendo *Le Monde*, no es sólo porque ésta no consiguiera una posición fuerte sobre las distintas cuestiones que le interesaban, sino también porque la OMC, que tanto

promocionó Europa, se ha revelado del todo insuficiente.

La Organización, ya debilitada por su incapacidad para poner en marcha un auténtico dinamismo después del lanzamiento de la Ronda Doha, ha salido de Cancún exangüe. También es verdad que desde su creación, la OMC ha seguido actuando de acuerdo con los viejos esquemas, según los cuales el peso económico de los países indica el que más manda.

La OMC, poco a poco, ha ido perdiendo de vista por qué había sido creada, es decir, el objetivo de su misión, que no fue otro que el de progresar hacia un sistema comercial multilateral en el que las reglas fueran las mismas para todos los países, pequeños o grandes.

En Cancún, los países del Sur dijeron claramente "no" a la lógica de una organización influida por los grupos de presión de las multinacionales, las cuales, al igual que los países ricos, querían atraerles hacia un mayor liberalismo.

Lo sucedido en Cancún podría conducir, de hecho, a una proliferación de los acuerdos bilatera-

les, o regionales, de los que los países más pobres no suelen salir airosos.

La reacción de *The Economist* de 20 de septiembre ante el fracaso de Cancún fue desmoralizadora: "Dicho fracaso va a dejar a la mayor parte de la población mundial peor de lo que estaba. Como mínimo, retardará todo progreso hacia la conclusión de unas negociaciones comerciales que hubieran podido proporcionar a los países más pobres apreciables ganancias. ¿Podrá culminar la Ronda Doha antes de cinco años?".

Por lo demás, el fracaso de Méjico puede proporcionar un golpe mortal al propio sistema comercial multilateral, el sistema que durante más de medio siglo hizo posible la prosperidad global.

¿Responsables? Todos señalan al vecino, y puede que todos lo sean. Europa merece la crítica adicional por haber empujado a los países pobres a negociar nuevas reglas sobre inversión, competencia, compras gubernamentales y facilidades al comercio exterior, cuando la mayoría de aquellos, claramente, no lo deseaban, decía *The Economist* citado en su editorial de cabecera.